

La calle para el jueves 23 de julio de 2009  
Diario de un espectador  
Emanuele, de 15 años  
por miguel ángel granados chapa

El poderoso libro de Roberto Saviano se dedica a desentrañar la naturaleza y el funcionamiento de la Camorra, al mismo tiempo organización empresarial con ramificaciones en todo el mundo y un fenómeno criminal que no conoce limitaciones ni fronteras. Esa es la médula de *Gomorra*, la obra de la que se han vendido ya millones de ejemplares, cifra que será superada por la de espectadores que vean la película de Mateo Garrone.

Construida al modo de una novela (donde sin embargo nada es ficticio) en esta obra hay multitud de relatos circunstanciales, episodios de la ilegalidad que priva en la área de influencia de la Camorra. He aquí un ejemplo de ello, el caso de Emanuele, un pequeño delincuente, pequeño porque apenas tenía quince años y era esmirriado. Y pequeño por el monto de sus latrocinios, a los que se dedicaba como algo natural en una región criminógena, donde no se respeta la ley y hay miseria:

El autor se sitúa en Parco Verde, una especie de tierra de nadie. "En una esquina hay una capillita minúscula, casi imperceptible. Aunque no siempre ha sido así. Antes era una capilla. Grande, blanca. Un auténtico mausoleo dedicado a un joven, Emanuele, que murió en el trabajo, un trabajo que en algunas zonas es incluso peor que el trabajo clandestino en las fábricas. Pero es un oficio. Emanuele cometía atracos. Y los cometía siempre los sábados, todos los sábados, desde hace algún tiempo. Y siempre en la misma carretera, el mismo día. Porque el sábado era el día de sus víctimas. El día de las parejitas. Y la Nacional 87 es el lugar al que van todas las parejas de la zona. Una carretera de mierda, entre asfalto parchado y microvertederos. Cada vez que paso por allí, pienso que es preciso echar mano de toda tu pasión para conseguir estar bien en medio de tanta porquería. Justo ahí, Emanuele y dos amigos suyos se escondían, esperaban a que una pareja aparcara, a que apagasen los faros del coche. Dejaban pasar unos minutos después de que las luces se hubieran apagado para darles tiempo de desnudarse y, en el momento de máxima vulnerabilidad, aparecían. Rompían la ventanilla con la culata de la estola y después apuntaban al chico con el arma. Limpiaban a las parejitas y terminaban el fin de semana con decenas de atracos cometidos y quinientos euros en el bolsillo: un botín minúsculo que puede saber a tesoro.

Pero resulta que una noche una patrulla de carabineros los interceptó. Emanuele y sus compinches son tan imprudentes que no prevén que hacer siempre los mismos movimientos y atracar siempre en las mismas zonas es la mejor manera de ser detenido. Los dos coches se persiguen, se embisten y se producen disparos. Después, todo queda en silencio. Emanuele está muerto en el coche. Tenía una pistola en la mano y había hecho el ademán de apuntar a los carabineros. Lo mataron disparando once veces en pocos segundos. Disparar once veces a quemarropa significa llevar la pistola

desenfundada y estar preparado para disparar a la mínima señal. Disparar para matar y después pensar en hacerlo para que no te maten. Los otros dos habían parado el coche. Los proyectiles habían atravesado el coche como un rayo. Todos atraídos por el cuerpo de Emanuele. Sus amigos habían intentado abrir las ventanillas, pero en cuanto se percataron de que Emanuele estaba muerto se habían quedado quietos. Habían abierto las portezuelas sin oponer resistencia a los puñetazos que preceden a cualquier arresto. Emanuele estaba doblado sobre sí mismo. Tenía en la mano una pistola falsa. Una de esas de juguete que antes se usaban en el campo para alejar a los vagabundos de los gallineros. Un juguete que se utilizaba como si fuera de verdad. Por lo demás, Emanuele era un chaval que actuaba como si fuera un hombre maduro” .